

EXTRAORDINARIO

DE

LA FIESTA DE LAS TORREJAS

LA CORRIDA DE AYER

Estaba escrito, señores: la gente pronosticaba, dados los antecedentes, que la fiesta iba á ser mala, pero... ¡resultó peor de lo que todos pensaban! La verdad es que tenemos en este pueblo desgracia para las fiestas taarinas, pues casi todas acaban como el célebre rosario de la Aurora, ó de la Paca, porque el nombre es lo de menos cuando es grande la jarana. En fin, vayamos al grano y separemos la paja, aunque en la fiesta de ayer no hubo grano ni hubo nada... ¡Porque hasta uno que tenía cierto joven de La Granja, se le reventó una chula al darle una bofetada!...

Eran las cuatro y media de la tarde; los tendidos iban llenándose de gente cuando ocupó el palco presidencial D. Francisco Santiuste, Alcalde de esta población.

En el tres se armó una bronca y decía una muchacha: —¡Mal empieza la corrida; ya veremos como acaba!

Salió el primer animalucho de la tarde, que tenía ojo de perdiz y era corniabierto y colorao.

El caballo que montaba el *Sastre*, se dió por vencido y cayó al suelo cuando estaba á dos leguas del toro.

Y cierto vendedor de comestibles, dijo al ver el caballo panza arriba:

—¡Hay caballos sensibles, que hasta el soplo del aire les derriba!

¡Quién sabe si aquella caída fué ocasionada por algún desvanecimiento de cabeza, al pensar que podía quedarse viuda la yegua de sus entretelas!

Entre *Veintiundit* y el *Sastre* picaron cuatro veces al toro; *Burquet* le puso un par muy trasero; *Santitos* medio, repitiendo el primero con uno. El toro pasó á la muerte, más blando que un merengue de *La Perla*.

Fabrilo, de verde y oro, pasó medianamente al bicho, que, sin saber cómo, le rompió la ta'eguilla por detrás.

Fabrilo estaba intranquilo y decía una mujer:

—¡A que va á enseñar *Fabrilo* lo que no queremos ver!

Descompuesto el espada por el percance, terminó de un golletazo con la vida del animal y se retiró á que le cosieran el roto.

Supongo que se le cosería el *Sastre*, que era el llamado á hacerlo.

El segundo toro, por las trazas, más parecía un buey de edad avanzada. Era receloso y cobardón. *Beao* le picó dos veces, regularmente, cayendo en una; y *Veintiundit*, sacando tres varas de pica, le puso una á modo de banderilla y otra de refilón.

Tocaron á banderillas y *Berrinches* puso un par excelente y *Mojino chico* dos, uno bastante caído y el otro desigual.

El *Ecijano*, de amarillo y plata, después de pasar tres veces al bicho con la derecha, se tiró desde muy lejos con una bastante baja.

No es *Ecijano*, no, que te rebaja, pero aquello que hiciste fué una guasa. ¡Otra vez mata al toro desde casa, y te evitas los gastos de viaje!

Después de una estocada sin soltar y otra alta, intentó cuatro o seis veces descabellarlo, sin conseguirlo.

Aunque descabellando

no sabe nada,

resultó su faena

descabellada.

Con una muy tendida y con ayuda de los enterradores acabó el *Ecijano* con el cornúpeto.

El tercero de los de *Guadalix* tenía, como todos, divisa encarnada y pajiza y era cornicorto y blando.

Con mucho trabajo tomó dos varas de *Veintiundit*, recargando en una, y dos de *Beao*.

Digamos con música de *El año pasado por agua*:

¡*Beao, Beao!*

¡Ay, qué piqueros que Dios nos ha dao!

Bronca otra vez en el tendido tres.

¡Cuánta algazaral ¡qué ruidol

¡Cuánta palabra insultantel

Aquello no era un tendido

¡era un campo de agramantel

Entre *Berrinches* y *Santitos* clavaron al buró tres pares de regular calidad, y *Fabrilo*, después de siete pases de todas clases y géneros, de una bien señalada, y dos en hueso con una baja y atravesada, mandó á la eternidad al toro.

La banda municipal, luciendo sus ropas nuevas, mientras al toro arrastraban tocó una bonita pieza, y aquí termina el sainete... ¡pero empieza la tragedia!

El cuarto toro era colorao y corniabierto. Según mi opinión (que estará equivocada, pero que es una opinión) estaba medio inútil para la lidia. É hizo muy bien la mayoría del público en pedir que se retirara al corral.

Algunos pedían fuego; otros insistían en que ¡al corral! y el Presidente, con esa benevolencia que á veces le perjudica, no sabía á qué carta quedarse.

El redondel se llenó de piedras y

de toda clase de comestibles; los cabestros salieron en busca del toro que ni por un Dios se volvía al corral, y el escándalo fué morrocotudo.

Muy cerca de media hora duró la escena.

Hay quien opina que aquel toro no era de la misma ganadería que los demás y por eso no conocía á los cabestros. Yo no lo creo; pero, en fin, se decía...

Y si al cabo el toro entró, no fué porque le metieron... ¡Yo creo que le dijeron que iba á leer versos yol

Limpiaron la plaza de piedras y saltó el quinto, que hacía de cuarto, y era negro y buen mozo.

Fuó picado seis veces y casi todas ellas de refilón.

Otra vez se armó bronca en el tres. ¡Y aquella vez fué entre dos mujeres!...

¡Cuánto calor, cuánto fuego y qué griterio aquel!...

¡Aquéllas sí que dan juego, si salen al redondel!

Sin temor á los fusiles seguían en sus querellas...

¡eran cuatro ó seis civiles y no podían con ellas.

Tocaron á banderillas y Mojino chico puso medio par; y Manuel Roda uno desigual, repitiendo los dos con otro de castigo.

Después de pasar sin ceñirse ni mucho menos, El Ecijano pinchó cinco

ó seis veces al toro, que antes de morir saltó nueve veces la barrera.

Al ver que saltaba tanto, un caballero me dijo:

—Yo sospecho que ese toro ha sido perro de circo.

El quinto era corniapretao y tan huido estaba al hierro, que el Presidente sacudió el pañuelo encarnado y se anticiparon los fuegos artificiales.

Cuatro pares de banderillas de fuego pusieron al bicho, que se quedó como si tal cosa. Parecía un toro de cartón.

Vamos, no me hacen *felix* los toros de *Guadalix*.

El *Fabrilo* se lució con cuatro verónicas que resultaron lo mejor de la corrida y no porque fueran muy buenas... ¡Pero en la tierra de los tuer-tos!...

El toro, que por lo quemado parecía un toro á la parrilla, fué indeciso á la muerte y después de diez mil pases, tres metisacas y dos pinchazos en hueso, sucumbió resignado.

Y este toro al sucumbir sufrió poco en la agonía ¡porque acaso presumía lo que luego iba á ocurrir!

Y vamos con el sexto. ¡Maldito sexto!

Era muy parecido al cuarto que fué retirado del corral y tenía toda la mala estampa y el poco coraje de aquél.

Cinco ó seis veces se le acercaron los picadores y... nada.

Aquí fué Troya; el Presidente mandó tocar á fuego, y el público irritado comenzó á arrojar piedras á la plaza, impidiendo la salida de los banderilleros...

Infinidad de botellas cruzaban el espacio.

Mejor que circo taurino, el redondel parecía un gran almacén de vino.

La Guardia civil se paseaba de un lado á otro de la plaza sin poder restablecer el orden; la presidencia, indecisa, daba órdenes y más órdenes, y el escándalo subió de punto, resultando de todo eso que el toro fué retirado al corral, y el pueblo agolpado se quejaba justamente de que le habían suprimido un toro, y abandonó la plaza echando pestes de todo bicho viviente.

¡Qué desgraciados somos!

Terminemos cantando con la música de antes, hoy tan en boga:

«¡Ay, qué empresario que Dios nos ha dao!

Fao

y para eso le han subvencionao, racataplao.»

Resumen: la tarde buena, y buena también la entrada; malo, muy malo el ganado; bien el servicio de plaza; débil, muy débil Santiuste; desgraciados los espadas y para acabar, la fiesta fué una paparrucha... cara.

PAGANINI